

# Los fuegos fatuos

■ Antonio Guerrero Aguilar\*

Las consejas populares refieren que por la región citrícola de Nuevo León se ven bolas de fuego que recorren los naranjales. Para los agricultores, son aves que anidan en depósitos repletos de fósforo y qué al volar, emiten una singular luminosidad. Pueden ser los *pauraques* o aves nocturnas, que aprovechan la obscuridad para salir de sus guaridas y con su aletear iluminan por los puntos por los que pasan, como si fueran aves mitológicas. Muchos conductores aseveran que cuando regresas de Laredo, a la altura de la Cuesta de Mamulique, se presentan unas luces que vienen en sentido contrario que nunca te alcanzan.

Esas luces han provocado leyendas como creencias populares, asociadas con fantasmas y espíritus del más allá. Para los ilusos y creyentes de las supersticiones, son brujas que se manifiestan como luces, encima de los mezquites, los ébanos, así como cerros y montañas, cuando todo está muy oscuro. Hace tiempo estábamos en la capilla del Ánima de la Anacahuita, allá entre Paredón e Icamole, y de pronto, uno de mis acompañantes vio una luz en lo alto de la cordillera y la reta: “ven Ánima de la Anacahuita” y ésta comienza a desplazarse de arriba hacia abajo, cambiando su tonalidad hasta verse muy rojiza. Parece que la hizo enojar, lo cual nos obligó a subir rápidamente al vehículo en el cual llegamos.

Son los llamados “fuegos fatuos”, unas pequeñas luces o llamas flotantes cuyo color distintivo es el rojo, aunque también amarillo o azul pálido como la flama de las estufas. Para los veladores y gambusinos, nos indican en donde están las “relaciones”, “luces del dinero” o “luces del tesoro”. Casi siempre aparecen en cementerios o zonas pantanosas por las noches y poco antes del amanecer, cuando la obscuridad es más intensa. Por eso las confunden con las ánimas en pena y los seres espectrales. Quienes las ven, las ponen como señales de buen augurio, pues dicen que dónde llora el muerto, está el tesoro.

\* Es un narrador y contador de historias. Fue maestro, locutor y hasta cantor en misas y celebraciones litúrgicas. Ahora se dedica a recuperar consejas, a rescatar historias que pasan inadvertidas para muchos y procura que las cosas antiguas no pasen al olvido.

La palabra se relaciona con otras como “Fatuor”. En tiempos ancestrales, los romanos tenían una deidad menor llamada “Fatum”, a la que ligaban al destino y todo aquello que se anunciaba en los oráculos y la predicción. Si las noticias eran malas, sentenciaban que eran fatídicas, fatales. Si la persona tenía delirios proféticos, era por causas de la diosa del destino. Pero también esa raíz etimológica, nos lleva a la palabra *anunciar* y de manera extraña, también la ponemos como una cualidad del fuego, que puede ser fatuo. Es curioso que la fatuidad sean una actitud presuntuosa, ridícula como vanidosa. Si nos vamos a su origen, veremos que fatuo viene del latín “Fatuus”, un adjetivo que se traduce como necio, tonto, pretencioso que se jacta de todo; por eso lo consideramos como extravagante.

Por extensión, se le dice fuego fatuo a algo ilusorio. En cambio, para la sabiduría y creencias populares, identifican a los fuegos fatuos con espíritus y otros entes sobrenaturales que quieren materializarse y expresarnos algo, pero son temerosos y se manifiestan con cierta timidez, porque si una persona quiere acercarse, el fuego fatuo se aleja. No falta quienes los identifiquen con espíritus chocarreros o duendes enloquecidos, incluso con los espíritus de niños que han muerto sin recibir el sacramento del bautismo y que deambulan entre el cielo y el infierno.

El político y liberal mexicano Ramón Isaac Alcaraz (1823-1886) escribió un poema llamado “El fuego fatuo” que fue publicado en el libro *El Museo Mexicano*, fechado el 25 de septiembre de 1843, también incluido en el tomo uno de *Poesía* de Ramón I. Alcaraz, editado en 1860 por la Imprenta de Ignacio Cumplido. El poema consta de 35 versos: unos hacen alusión a la muerte y otros describen a los monumentos funerarios. De igual forma, no faltan menciones a los fuegos o luces que se generan, debido a la inflamación de sustancias gaseosas que desprenden los vegetales y animales cuando están echándose a perder.

Para el autor, aparecen a una cierta distancia del suelo, se elevan y luego parece que se mueven, vuelan; posiblemente por el viento imperante, provocando las luces que avanzan por el aire y que pueden verse en cementerios y en pantanos preferentemente en la obscuridad de la noche. Y así lo describe Alcaraz:

*Que se extiende y de repente  
renace más encendida  
como el fuego de la vida  
de un moribundo en la fuente.*

*Que en el suelo del panteón  
misteriosa se derrama;  
que alza su trémula llama  
e ilumina una inscripción...*

Cuando vamos a un panteón, regularmente vamos predispuestos a ver o sentir experiencias paranormales, entonces cualquier cosa que rompe la quietud, nos hace pensar que son señales del más allá y que alguien quiere comunicarse con nosotros. Es cuando esos fuegos tratan de significar algo, nos remiten a cosas de tiempos ya idos:

*¡Oh fuego!, que así inoportuno,  
a mi memoria has traído  
de un pasado ya en olvido  
los recuerdos uno a uno.*

*Lámpara del cementerio  
que nació ignorada enciende  
¡Porque mi alma no comprende  
de tu fulgor el misterio!*

*Tú cuando la noche impera,  
y el mundo impío adormece,  
en los álamos se mece  
su nocturna compañera.*

*¿Quién eres, pues tú que ahuyentas  
hasta haces temblar al insecto  
con ese sombrío aspecto  
que en la realidad ostentas?*

Una vez acudí al panteón San Juan de Santa Catarina, para recuperar los datos de una inscripción sobre una lápida. En las dos secciones del camposanto no había visitantes, solo yo. Por eso cuando pasé por el viejo pórtico de la parte más antigua, me dio la sensación de que todos hablaban y hacían algarabía, interrumpida por mi presencia, regresando a la paz de los sepulcros. Entonces, considero que lo fatuo es anunciar, es el destino mismo que se hace evidente; como símbolo de aquello luminoso como extraño y que debemos estar atentos, tal y como lo advierte el poeta:

*O la antorcha del destino,  
que en el libro de la muerte,  
viene a mostrarme la suerte,  
que el eterno me previene.*

*Si tú eres esa alma pura  
que de su tumba ha salido  
llamada por el gemido  
de mi negra ventura.*

*Más te extingues... ¡Oh visión!  
no engañes así a mis ojos;  
mírame ante ti de hinojos...  
desapareció, fue una ilusión.*

Tal es el misterio que existe en torno a los fuegos fatuos. Usted, lectora o lector, ¿los han visto? Yo sí...